

Índice de los Artículos	Página
Jehová es Justo y Ama la Justicia	1
Autoridad	3
Ejercicio del Don, 2ª parte	5
Jonás, 6ª parte	7
Comparación, 1ª parte	10

“Jehová es Justo y Ama la Justicia”

Joel Portman

Las reiteradas referencias graban en todo lector atento de la Biblia la verdad de que Dios es justo. Recuerde el Salmo 11:7, “Porque Jehová es justo, y ama la justicia; el hombre recto mirará su rostro”. Observe Heb. 1:8-9 “Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”. Esdras 9:15 indica que todos los que son restaurados por Su misericordia se alegran de reconocer Su justicia en lo que Él había hecho: “Oh Jehová Dios de Israel, tú eres justo, puesto que hemos quedado un remanente que ha escapado, como en este día. Henos aquí delante de ti en nuestros delitos; porque no es posible estar en tu presencia a causa de esto”. Daniel reconoció esto en Dan. 19:14 “Por tanto, Jehová veló sobre el mal y lo trajo sobre nosotros; porque justo es Jehová nuestro Dios en todas sus obras que ha hecho, porque no obedecimos a su voz”. De nuevo en Ap. 16:7, “También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos”. Aún el malvado Faraón tuvo que confesar en Éxodo 9:27, “He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos”. Muchos otros pasajes de la santa Palabra de Dios comprueban que la justicia es uno de los atributos de Dios y que todas Sus acciones se rigen por la justicia. Todo lo que Él hace siempre es correcto en todo tiempo, en todo lugar y en toda situación. La suya es una justicia que es incomparable y que el hombre no puede alcanzar ni tampoco puede comprender en su totalidad. Sin embargo, también es una norma para la conducta del

creyente que tiene el propósito de reflejar una relación espiritual con una Persona Justa y Santa. Si Él es justo, entonces los suyos también deben serlo.

Definición de Justicia

“Justo” y “Justicia” se definen por W. Wilson (Estudios de la Palabra del Antiguo Testamento) como la cualidad de “ser correcto, recto”. También se traduce en el Antiguo Testamento como “Justo”. En el Nuevo Testamento, la palabra es muy similar, dando una traducción consistente. Para los hombres, es la cualidad que corresponde a las leyes y demandas de Dios sobre ellos, causándoles hacer lo que es correcto a Sus ojos, actuando justamente en todo momento y con una rectitud moral. El propio carácter de Dios de justicia perfecta, sin desviación, es el estándar, y obviamente, aún en el mejor de ellos, los hombres están muy por debajo de ella. Es sólo por una declaración judicial de Dios que los hombres pueden ser contados justos a Sus ojos, aunque ellos pueden ser relativamente justos en sus vidas y conducta (como Noé en Gen. 6:9; o Job, como Dios lo declaró ser alguien que “era hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” en Job 1:1). La justicia tiene un carácter espiritual, ya que está relacionada con la relación del hombre con Dios; se expresa en la consistencia moral y rectitud de conducta, evitando el mal y adhiriéndose a lo que es declarado por Dios para agradarlo.

Fue la justicia de Dios la que proclamó el juicio de muerte a Adán si comía del fruto prohibido del huerto (Gen. 2). Fue un Dios justo el que destruyó un mundo impío con un diluvio, pero al mismo tiempo salvó al justo Noé. Es un

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de “Verdades para Nuestros Días”, ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de “Verdades para nuestros Días”, y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

Dios justo el que castigará eternamente al pecado y a aquéllos que continúan en el pecado, así como salva a los que han confiado en Su justa provisión para su salvación, expresada en los sufrimientos y muerte de Su Hijo amado. Es una ofensa a un Dios justo mirar a un mundo que es corrupto, degenerado y lleno de injusticia (Rom. 1:18, 29). Él declara que “No hay justo, ni aún uno”, (Sal. 14:1-3, 53:1-3, Rom. 3:10). La suya es una declaración perfectamente justa y exacta, evaluando la condición del hombre desde el punto de vista de la perfecta justicia.

La Justicia en una Nación

Dios declara que “La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones”, (Prov. 14:34). Siempre ha prevalecido cierto grado de injusticia entre la humanidad a causa de la pecaminosidad innata de los hombres. Sin embargo, cuando ésta es la norma, cuando la injusticia es aceptada, y cuando hacer lo correcto ante Dios es negado, rechazado, y ridiculizado, existe una condición que desagrada a Dios y pide Su juicio. El diluvio del juicio de Dios vino sobre un mundo en el que “vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gen. 6:5), y que “estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra”, (6:12). Cuando Habacuc objetó que Dios usara a la nación pecaminosa de los caldeos para castigar a Su pueblo injusto, Israel, Dios le reveló que Él también juzgaría a esa nación por su maldad (Hab. 1:12-13, 2:5-8). Dios traza la caída de la humanidad en Romanos 1:18-32, demostrando que a los que rechazan el conocimiento de Dios y Sus caminos les resulta imposible retener o mantener un estándar de moralidad o decencia hasta que leemos en Rom. 3:10, “No hay justo, ni aún uno”. Cuando Israel abandonó el conocimiento de Dios y la obediencia a Su verdad, su condición moral degeneró de igual manera, hasta que fueron tan malos, o peores, que las naciones paganas a su alrededor. Ninguna nación o pueblo puede realmente prosperar socialmente, moralmente, económicamente, o políticamente cuando la injusticia permea esa sociedad, influye en su gobierno, y dicta sus decisiones. El lamento de Isaías (Is. 59:14) era, “Y el derecho se retiró, y la justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir”. Ese lamento se repitió numerosas veces cuando los profetas fieles clamaban contra la maldad del pueblo, aunque estaba disfrazada por la hipocresía religiosa externa.

Hay aquellos que alguna vez llamaron a los Estados Unidos una “nación cristiana”, (aunque realmente nunca lo

fue). Por lo menos, sin embargo, hubo un tiempo cuando estos principios justos eran reconocidos que tenían valor e importancia, cuando la Biblia era reconocida y honrada en cierta medida, y cuando esa norma era traída para influir en las acciones de acuerdo o en contra de ella. Sin embargo, en nuestros días, es evidente que ya no prevalecen más esas condiciones y actitudes. El pecado es tolerado, es más, se promueve en sus diversas formas, ya sea en la promoción de estilos de vida que son contrarios a la Escritura, en “matrimonios” que son una abominación a Dios, o incluso en negocios torcidos y relaciones gubernamentales que no son justas. Cuando las universidades tienen seminarios para enseñar y promover desviadas prácticas inmorales, estamos en una nación injusta. Cuando los gobiernos aprueban leyes para proteger y fomentar este tipo de actividades, o cuando las cortes respaldan leyes que son contrarias al bienestar moral y espiritual de un pueblo, nos encontramos en una nación injusta. Cuando los líderes religiosos promueven y enseñan que tal comportamiento es aceptable (de acuerdo con su propia interpretación de la SANTA Escritura), es injusto. Se podrían enumerar otras condiciones y acciones injustas, pero el espacio no lo permitiría. No debemos esperar que tales condiciones mejoren, porque Pablo advierte a Timoteo que “En los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios”. Y en 2 Tim. 3:13, “Mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados”.

Dios odia toda injusticia, y aunque nosotros, como creyentes en Cristo, nos encontramos en un mundo así, se nos manda no participar de cualquier forma de éste (2 Cor. 6:14-18). El repetido llamado de Dios para Su pueblo es para permanecer aparte en una ejercitada separación de todo mal, sin tener una asociación cercana con él. Las interacciones con un injusto mundo corrupto deben ser evaluadas por cada creyente para determinar si cualquier forma de asociación contribuirá a la justicia personal o si va en detrimento de ella. Tristemente, muchos creyentes están viviendo tan cerca del mundo que apenas pueden distinguir entre lo que es una necesaria participación y lo que está trayendo la ruina a sus vidas y testimonios. Las condiciones de Corinto son normales en nuestro mundo el día de hoy, y aunque nunca hemos sido llamados a cambiar al mundo, no debemos conformarnos “a este siglo, sino

transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Rom. 12:1-2). ¿No es conformación cuando uno está ocupado con el entretenimiento del mundo, ya sea en un televisor o videos? ¿No es conformación cuando los santos se encuentran en los estadios deportivos con multitudes de personas que siguen ávidamente estas actividades? El ambiente es contrario a la piedad y puede tener un efecto destructivo en un cristiano. ¿No están estas cosas contribuyendo a la injusticia que parece estar aumentando entre nosotros? Un anciano de hecho me dijo que se enteró que cuando un grupo de jóvenes fueron juntos a una conferencia Bíblica, reunieron una cierta cantidad de dinero para pagar las multas por exceso de velocidad durante el camino. ¿Es esto justo o injusto? El mundo nos está presionando en su molde injusto, y esto tiene un efecto nocivo en los cristianos y en las asambleas.

Justicia Anhelada

Esta injusticia que prevalece es solo otra de las características que aumenta el anhelo de los santos por la venida del Señor. No sólo nos referimos al rapto de la iglesia, esa inminente liberación de un mundo malo que anticipamos en cualquier momento, sino también a la esperada venida de nuestro Señor en poder y gloria, cuando Él establecerá la justicia en la tierra. Entonces “la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Is. 11:9). Entonces “la verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos” (Sal. 85:11). Entonces habrán “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Ped. 3:13).

(Continuará)

*Los hombres pueden desdeñar nuestros ruegos,
Rechazar nuestro mensaje,
Oponerse a nuestros argumentos,
Despreciar nuestras personas,
Pero están indefensos ante
Nuestras oraciones.*

J. Sidlow Baxter

Autoridad

Larry Steers, Toronto, CA
1 Cor. 1:2, 11:2-16

[Nota del Traductor: El concepto “Headship” es difícil de traducir en una sola palabra. Involucra no sólo Autoridad, sino Jefatura, Liderazgo, Primacía, lo que es la Cabeza. Se ha traducido como Autoridad, pero el contexto es mucho más amplio.]

La “iglesia de Dios” (1 Cor. 1:2) es una casa espiritual. Sin embargo, hay siete elementos tangibles asociados con la casa, la asamblea. Son: la Palabra de Dios, el agua para el bautismo del creyente, el pan y la copa de la Cena de Señor, el cabello tanto de los hermanos como de las hermanas en 1 Cor. 11, y la cabeza cubierta en el mismo capítulo. El propósito de este artículo es considerar la cubierta de la cabeza.

Había dos grupos de personas que residían en la antigua ciudad de Corinto antes de que llegara el apóstol Pablo y el Evangelio fuera proclamado. Había judíos y gentiles morando en Corinto.

En el día de reposo los judíos de la ciudad iban a la sinagoga, que representaba el punto central de sus vidas. Su cultura, familia y amigos estaban asociados con la sinagoga.

Los gentiles frecuentaban el templo de los ídolos. Si bien había muchos templos idólatras en la ciudad, uno era bien conocido. El templo de Afrodita, la diosa griega del amor, estaba situado en el Acrocorinto. A 575 metros sobre el nivel del mar, este era el punto más alto de la tierra en Corinto. En cualquier día del año los idólatras gentiles iban a este templo o uno de los otros templos idólatras para orar, sacrificar y hacer fiesta ante un ídolo mudo.

El Evangelio de la gracia de Dios alcanzó la oscuridad del impío Corinto. Judíos y gentiles fueron salvos y enseñados de la verdad de Dios. Qué gran privilegio para estos nuevos conversos, sentarse a los pies de Pablo por un año y seis meses (Hechos 18:11) y escuchar la exposición de la verdad espiritual. Llegó un momento precioso cuando un grupo de creyentes se reunió en el Nombre del Señor para partir el pan por primera vez. Debió haber tocado el corazón de Pablo cuando miró sobre esos reunidos en esa primera ocasión, porque después escribió recordándoles a los Corintios de algunos de los pecados más graves (1 Cor. 6:9-10), “Y esto erais algunos” (1 Cor. 6:11). Esta nueva asamblea plantada estaba compuesta de judíos y gentiles salvos. Ahora Pablo podía escribir que en Corinto había no solo judíos y gentiles, sino también “la iglesia de Dios” (1 Cor. 10:32).

Para el judío salvo identificarse con “la iglesia de Dios” sería un paso costoso. Ya no podían asociarse más con la sinagoga donde el Señor a quien ahora amaban fue despreciado y rechazado. Si siguieran en la sinagoga ellos serían como el hombre ciego a quien el Señor restauró la vista (Juan 9:3) y que fue expulsado. Su única alternativa era buscar la comunión “fuera del campamento” (Heb. 13:13) con la asamblea recién formada.

Para el gentil salvo el templo del ídolo era un lugar maligno. La idolatría y la inmoralidad eran gemelas. Había mil prostitutas identificadas con el templo de Afrodita. Ellos no podían ser hallados frecuentando tal lugar. La única alternativa era abandonar a sus amigos y al antiguo estilo de vida, y a un gran costo volverse miembros de la iglesia de Dios.

Demostración de Autoridad

Entre las muchas verdades preciosas que se les habían enseñado en Corinto estaba la doctrina de la autoridad. El hombre judío que siempre se cubrió la cabeza en la sinagoga ahora se quitaría el kipá en la asamblea. Esa cubierta representaba su cultura y significaba mucho para él. La mujer judía que nunca había cubierto su cabeza en la sinagoga debía ahora cubrirse a sí misma. Ellos serían repudiados, burlados y ridiculizados por otros judíos por abandonar la antigua religión de sus padres. Sin embargo, la cultura debía ceder el paso a la práctica bíblica.

La mujer gentil nunca llevaba la cabeza cubierta en el templo de los ídolos. Ahora, ella parecería extraña a otros corintios cuando se abría camino a las reuniones de la asamblea con la cabeza cubierta.

¿Por qué debía cubrirse la hermana su cabeza y el hermano no tener cubierta? ¿Se trata de simple tradición como algunos afirman, o simplemente ideas de Pablo? Algunos sugieren el día de hoy que la cubierta de la cabeza es opcional y que es la prerrogativa de una hermana para elegir. Cuando la Palabra de Dios es tan clara y definida, ¿por qué vemos esta verdad hecha a un lado por muchos? ¿Hay un sentido de menos vergüenza al esperar hasta entrar al local antes de cubrirse la cabeza? Era muy real y precioso en Corinto identificarse a sí mismos con el Señor fuera del campamento (Heb. 13:13) que era, para el judío, fuera del antiguo sistema religioso y para el gentil fuera de la inmoralidad idólatra de Corinto.

¿Por qué se le había dado al hombre esta solemne responsabilidad como cabeza? Algunos inmediatamente sugerirían que es porque Dios es soberano. Si bien esto es cierto, hay otras razones.

Ser la Cabeza Implica Autoridad y Sujeción a la Autoridad

Fue al primer creado al que Dios dio autoridad y ser la cabeza. Adán tenía esta responsabilidad antes de que Eva fuera creada. Como una demostración de la autoridad de Adán, Dios trajo a las creaturas vivientes a Adán, quien tuvo la responsabilidad de nombrarlas “y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre” (Gen. 2:19). Como la cabeza del huerto, Adán era responsable ante su Creador de la palabra de Dios que se le confió.

Ellos podían comer libremente de todo árbol del huerto, excepto del árbol del conocimiento del bien y del mal. La autoridad y el ser la cabeza fueron dados a Adán, y después de que Dios creó a Eva ella debía estar en sujeción a la autoridad investida de Dios. La gran verdad de la autoridad es un principio fundamental iniciado por Dios como el orden de Su creación en Génesis capítulo 2, y es válido hoy.

Eva pecó tomando del fruto del árbol prohibido. Pero su acto tiene una importancia aún mayor, ya que desobedeció no sólo a Adán, sino a su Dios. Como la cabeza, Adán fue considerado responsable, porque las escrituras lo dejan suficientemente claro, “El pecado entró en el mundo por un hombre (Adán, no Eva)”. Adán permitió que Eva usurpara su autoridad.

Versículo Clave: 1 Cor. 11:3

“El hombre es la cabeza de la mujer”. Esto expresa una verdad universal que nunca ha sido anulada. ¿Por qué el hombre es la cabeza? Porque él fue creado primero y no había ninguna mujer para cumplir con esta responsabilidad. Puede observarse más en 1 Cor. 1:8, que, “el varón no procede de la mujer”. Sólo hay un hombre que haya vivido de quien esto ha sido cierto, y ese fue Adán. Todo otro hombre nacido en este mundo ha tenido una madre. Observe en el mismo versículo, “sino la mujer por causa del varón”. La única mujer que procede del hombre es Eva. La gran verdad de la autoridad era el orden de Dios necesario desde el principio.

Ser la Cabeza Nunca Implica Desigualdad

Observe una vez más que en 1 Cor. 11:3, “la cabeza de Cristo es Dios”. Nuestro Señor nunca fue menos que Dios. Él “no estimó el ser igual a Dios” (Fil. 2:6), sino que durante Su estancia aquí en la tierra Él tomó voluntariamente un lugar de sujeción a Dios como cabeza. Tampoco la autoridad de ninguna manera sugiere inferioridad. La autoridad, según lo enseñado por el Espíritu de Dios en 1 Cor. 11, no implica que una hermana en la asamblea de

ninguna manera sea inferior al hermano. Todos tienen su lugar en la manifestación del orden de Dios.

Manifestaciones Prácticas de Autoridad

1 Cor. 11 enseña la manifestación de esta verdad vital en la asamblea por la cabeza física tanto del hermano como de la hermana.

La cabeza física de la hermana es símbolo de su cabeza espiritual, que es el hombre. Se nos enseña que la mujer es la gloria del hombre en el versículo 7. Todo lo que el hermano ha logrado en actividades terrenales, su gloria, no tiene cabida en la asamblea. Él deja todo esto en la puerta. La hermana cubre su cabeza indicando la sujeción a su cabeza, el hombre, pero también indicando que nada del hombre tiene un lugar en la asamblea congregada. Está encubierto, no se ve, como se indica en la cabeza cubierta de la hermana. Se nos recuerda por las cabezas cubiertas de las hermanas que, “Que en todo tenga la preeminencia” (Col. 1:18).

Además, para la hermana, la cabeza cubierta que indica su sujeción al hombre como su cabeza espiritual también muestra una actitud de la semejanza de Cristo. Así como Cristo se sujetó a Dios, ella está sujeta al hombre. Es esencial tener en cuenta que la enseñanza de 1 Cor. 11 no es la relación entre marido y mujer. Esto se enseña claramente en otros pasajes de la escritura (Ef. 5:22-23, Col. 3:18, 1 Ped. 3:1). La hermana soltera está incluida en la muestra de autoridad. En el versículo 10, “Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza”, se traduce mejor por Newberry, “la señal de estar bajo autoridad”.

Pero también hay que observar cuidadosamente que “la cabeza de todo hombre es Cristo” (1 Cor. 11:3). La cabeza física del hombre ilustra la cabeza espiritual que es Cristo. Su cabeza descubierta es una declaración del ejercicio de la asamblea congregada de proclamar a un mundo oscuro y que perece las glorias reveladas de Cristo.

Qué solemne la doble advertencia en este capítulo. Primero, “Toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta su cabeza” (vers. 5). Es decir, el hermano es deshonorado, ya que su lugar de responsabilidad ha sido asumido por la mujer, el mismo fundamento que Eva usurpó en el Huerto del Edén. Pero en el versículo 4 también hay una advertencia para el hermano que puede tratar de orar en una reunión de asamblea con la cabeza cubierta. Cristo es deshonorado porque Sus glorias están siendo veladas simbólicamente, una negación de la totalidad del propósito de la asamblea de hacer resonar en este mundo las glorias de Cristo.

Hay otra cuestión solemne con apartarse del propósito de Dios para la demostración de la verdad de la cabeza. “Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad (la señal de que está en sujeción a la autoridad) sobre su cabeza, por causa de los ángeles” (vers. 10). En 2 Pedro 2, Pedro está recordándonos de los maestros y profetas que se rebelaron contra la verdad de Dios. Se nos dice en el versículo 4, “Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio” La caída de Babilonia en Isaías 14 es comparada con la caída de Lucifer (Is. 14:12-15). Los ángeles que se rebelaron contra la supremacía de Dios fueron lanzados al infierno. Dios está ahora enseñando a otros ángeles la verdad de la cabeza por la que se muestra en las reuniones de la asamblea.

Ejercicio del Don, 2ª parte

William Rogers

(Extraído de “Notas de la Primera Epístola de San Pablo a los Corintios”)

Los diversos errores en el ejercicio del don, a los que L hemos llamado la atención, están todos claramente ilustrados por las referencias del Apóstol, aquí en 1 Cor. 12, a los miembros de nuestros cuerpos. Cada uno de ellos tiene su propia función, o como podemos llamarlo, don, que otro miembro no puede realizar TAN bien, y de hecho, en muchos casos no puede realizarlo en lo absoluto. En caso de que un miembro por cualquier causa deje de funcionar, todo el cuerpo sufre como resultado.

Si se les diera a estos puntos la debida consideración, nos salvaría de las ideas tontas ya mencionadas, que hacen que los hermanos, y a veces también las hermanas, tomen sobre ellos el ejercer dones que no poseen. Y por otro lado, nos libraría del espíritu perezoso manifestado por muchos que dicen, “No tengo dones”, y así encuentran la excusa para no mostrar actividad espiritual.

Todos, como nos muestra el apóstol Pablo, no son profetas o maestros, pero todos, como miembros del Cuerpo, tienen su propio lugar y su uso. ¿No me moverá al ejercicio profundo del alma sobre mi responsabilidad ante el Señor, si me doy cuenta que hay algo que yo puedo hacer, alguna función que realizar, que ningún otro puede hacer adecuadamente? Si la descuido, todos los miembros sufren pérdida, pero yo mismo más que todos. Una parte del cuerpo humano que no se ejercita se atrofia y se vuelve inútil.

¿Sería ir muy lejos el decir que muchos del pueblo de Dios han llegado a una condición como ésta, simplemente por la falta de ejercicio espiritual?

Hay, como sabemos, algunos sabios que nos persuadirían de que ciertos órganos de nuestro cuerpo no tienen un uso actual; pero los que nos inclinamos ante el registro que se nos da en Génesis de cómo Dios creó al hombre, no es probable que seamos convencidos de ello. Pablo ciertamente no lo creía cuando dijo, “Los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios”, una declaración que debería ser un mensaje de consuelo para muchos, y al mismo tiempo un llamado a la acción.

En la parábola de los talentos fue el hombre que había tenido menos el que falló en hacer uso de lo que había conseguido, y así es usualmente todavía. En nuestro capítulo, es el don menor el que, envidiando al mayor, deja de cumplir su propia función. El pie (v. 15) dice, “Porque no soy mano no soy del cuerpo”, olvidando que, sin ellos la mano no llegaría al lugar donde puede hacer eficazmente su trabajo. La oreja dice, “Porque no soy ojo, no soy del cuerpo”, ignorando el hecho de que tiene el poder para reunir, en el servicio del cuerpo, lo que se ha visto por una multitud de ojos en todo el mundo.

Por otro lado, el peligro de lo que podemos llamar dones mayores es el de despreciar a los menores, y por lo tanto obstaculizando su desarrollo. El ojo (v. 21) en su tonto orgullo dice a la mano, “No te necesito”, y la cabeza de igual manera al pie, “No tengo necesidad de vosotros”. Es justamente aquí que el amor del capítulo 13 se manifiesta para poner fin a la discordia; porque el amor, por un lado, “no tiene envidia”, y por el otro, “no es jactancioso, no se envanece” (cap. 13:4).

En la primera parte del capítulo 12 hay dos pruebas para los dones y su ejercicio, que son de suma importancia. La primera prueba, que se nos da en el v. 3, sugiere que todos los verdaderos dones, correctamente usados, honrarán al Señor Jesús; mientras que la segunda prueba, que se encuentra en el v. 7, nos recuerda que serán para provecho de Sus santos.

A ésta última ya hemos llamado la atención; pero la primera es tan importante, y casi aplicado tan fácilmente. De hecho es la primera nota tocada por el apóstol al presentar el tema, y se presenta ante nosotros en una forma a la vez simple y fácil de alcanzar, por el uso de una frase que constituye la piedra angular de todo el testimonio cristiano, “Jesús es Señor”. No se requiere de un gran don para expresar esto, que es la confesión de todos los que son salvos; mientras que la expresión opuesta, “Jesús es

anatema”, representa la actitud hacia Él del mundo que rechaza a Cristo. Sin embargo, mientras ponemos esto en la forma más extrema posible, se sugiere aquí una prueba que puede aplicarse fácilmente a todo ejercicio del don, pero sobre todo a los que se denominan comúnmente como “ministerio”. ¿Glorifica a Cristo, y deja claro que “Jesús es Señor”? Si es así, puede no ser de mucha importancia; mientras que si es el caso opuesto, ninguna demostración de habilidad humana o elocuencia puede hacer correcto lo malo.

Estas dos pruebas, la glorificación de Cristo, y el provecho de santos o pecadores, configuran los límites más allá de los cuales no hay ninguna desviación permitida. Pero dentro de estos límites hay un amplio espacio para la diversidad, diversidad en los dones mismos (v.4), diversidad en su ministerio (v. 5), y diversidad en sus trabajos (v.6). En cierto modo es interesante observar que estos tres versículos, que muestran cuán amplia es la diversidad, están literalmente intercalados entre los dos (v. 3, 7) en los que encontramos las pruebas que lo limitan.

En el resto de nuestro capítulo, esta variedad en los dones constituye la característica más destacada. No es sólo que se demuestra que están permitidos, sino que se insiste sobre el hecho de que son necesarios. El razonamiento del apóstol es que si todos fueran un miembro, no habría Cuerpo en absoluto. “Si”, dice, “todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído?” (v. 17-20). Ni tampoco les permitirá escapar diciendo, tal vez que tenemos la “vista, y algunas otras asambleas el oído”. “Vosotros, pues, sois (el) cuerpo de Cristo”, replica, “y miembros cada uno en particular” (v. 27). Se ha asegurado algunas veces que el término “Cuerpo” se usa sólo para la Iglesia universal, pero tenemos aquí al menos una excepción a esa regla; y la implicación parece ser que Dios diseña cada asamblea local de Su pueblo para ser una miniatura (nota del editor, quizá sea mejor, “representación”) de la totalidad, en la medida de lo posible.

Esta línea de verdad sin duda era muy necesaria en Corinto, y justo así es muy necesaria hoy en día, porque somos tardos para ver el valor de los dones que difieren considerablemente de los nuestros, o de aquellos a los que hemos estado acostumbrados. Nos inclinamos a decir a los tales, “No te necesito”, y que tanto más fácilmente si, como suele ser el caso, en la parte posterior de la diversidad de los dones hay diferentes tipos de mente. Esto es quizá lo que se sugiere por el uso, en la lista de los nueve dones que ocupan los versículos 8-10 de nuestro capítulo, de dos palabras griegas diferentes para “otros”. La distinción entre éstas es que una de ellas, “Eteros”, como puede verse en “Trinchera

en Sinónimos del Antiguo Testamento”, o cualquier obra similar, significa “uno de diferente clase o tipo”, mientras que el otro, “Allos”, se limita a sugerir “otro de la misma clase o tipo”. La primera palabra ocurre dos veces, entre el 2º y el 3º, y otra vez entre el 7º y el 8º de los nueve dones, mientras que la última se utiliza en todos los otros casos. El efecto de esto es ordenar los dones en tres grupos diferentes, que consisten en dos, cinco y dos, respectivamente, en cada uno de los incluidos es similar de alguna manera en tipo el uno del otro, pero difieren ampliamente de los del otro grupo. El primer grupo contiene los relativos al conocimiento, el último está relacionado con el lenguaje, mientras que el del medio incluye aquéllos que son más notablemente milagrosos. Estos grupos son fácilmente distinguibles en algunas versiones, ya que los miembros de cada uno de ellos se encuentran unidos por “y”, mientras que los grupos separados no lo están, sino que tienen dos puntos en lugar de un punto y coma entre ellos. La distinción no es sin propósito, y parece dar a entender que a diferentes tipos de personas son asignados diferentes tipos de dones.

Sin embargo, no debemos dejar de notar que esta diversidad, de la cual está lleno el capítulo, está diseñada para promover una unidad vital y verdadera. “Son muchos los miembros”, dice Pablo, “pero el cuerpo es uno solo”. Y una vez más, “Dios ordenó el cuerpo...para que no haya desavenencia en el cuerpo”. Y en Ef. 4 se enfatiza aún con más fuerza que la meta a la vista en el uso de los dones es “que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

Otra lección, que a primera vista parece muy extraña, se nos enseña aquí. Se trata de que los dones menores son los que menos se puede estar sin ellos. Como el apóstol lo expresa, “Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios” (v. 22). Y sin embargo, esto es cierto aún en la naturaleza, porque es posible que podamos arreglárnoslas sin un ojo o una mano, mientras que hay partes ocultas e internas sin las cuales no podríamos vivir. Así en la Iglesia podemos progresar de alguna manera sin grandes maestros o grandes evangelistas, pero los hermanos, y hermanas, cuyos nombres son desconocidos fuera de su propio círculo inmediato, y quizá no muy señalados aún ahí, pero que forman las “coyunturas y ligamentos que unen” de Col. 2:19 y Ef. 4:16, uniendo de forma callada a los santos de Dios, y empujando en Su obra mientras se mantienen hasta atrás. ÉSTOS son de los que no podemos prescindir, Así que veamos a quién otorgamos el honor más abundante.

Jonás, parte 6

Steve Walvatne

La Manifestación

“... ¿Qué tienes, dormilón? ... Soy hebreo, y temo a Jehová...echadme al mar... porque yo sé que por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros” (1:6, 9, 12).

La culpa como un tirano roe la mente y cruje en la conciencia, debilitando el bienestar tanto espiritual como físico del agobiado. “Mientras callé,” dijo David, “se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día” (Sal. 32:3). En la primera mitad de este capítulo, Jonás se ha ido de la presencia del Señor a la parte más baja de un barco, sin embargo, silencio es todo lo que hemos recibido de él. Quizás el peso de sus obras no se sentía hasta este momento, pero la ansiedad de la culpa seguramente pronto lo detendría. Como amarga medicina, era una ayuda necesaria para la recuperación. Sin importar lo difícil o degradante que el proceso pudiera ser, Jonás tenía que reconocerse culpable si Dios iba a sanarle. Lo mismo es todavía válido hoy si deshonramos a nuestro Señor. Exploraremos “La Manifestación” del pecado de Jonás bajo tres categorías, observando,

1. Su Confrontación por el capitán
2. Su Confesión a la Tripulación
3. Su Concesión al Caos

Su Confrontación por el Capitán

“... Pero Jonás había bajado al interior de la nave, y se había echado a dormir. Y el patrón de la nave se le acercó y le dijo: ¿Qué tienes, dormilón? Levántate, y clama a tu Dios; quizá él tendrá compasión de nosotros y no pereceremos”(vv. 5-6). Ya hemos observado la trayectoria descendente de Jonás, pero estas palabras muestran su extensión. Jonás probablemente gimió al recordar esto. El final del versículo 5 contradice todo lo que Jehová ordenó en el versículo 2. Jonás iba a visitar a las multitudes de “Nínive, aquella gran ciudad,” pero en cambio, está solo. Él iba a “LEVANTARSE” e “IR”, pero él se “recuesta”. Debía “PREGONAR” contra Nínive, pero él se “había echado a dormir”. En resumen, Jonás estaba Retirándose, Recostándose, y Echándose a dormir, todas las características de un cristiano en reversa.

Jonás Retirándose: Este es un indicador inicial de pecado en la vida de un creyente, porque la desobediencia provoca distanciamiento. El pecado no juzgado pone una distancia entre el infractor y Dios, que se extiende inevitablemente, afectando la comunión con otros creyentes y la asistencia a reuniones de la asamblea.

Condenados leyendo sus Biblias, las almas descarriadas la evitan o la tuercen para apaciguar su conciencia, incluso atacando a los hermanos que predicán fielmente. Los modernos Jonás son miserables, pero no tienen por qué seguir siéndolo. La confesión aligera el alma y restaura la comunión con Dios. Jonás, sin embargo, permaneció impenitente.

Jonás Recostado: No sorprendido ya por su extraño entorno, el profeta se relajó. Su comodidad crecía cada vez más, una pista de que las cosas decrecían de mal en peor. Aquellos que alcanzan este punto, frecuentemente confunden su comodidad transitoria con fuerza espiritual. Sin embargo, esa idea es engañosa, debido a que la vitalidad espiritual está en realidad menguando.

El relajado estado de encubrimiento de Jonás lo descalificó para el servicio divino - “El que encubre sus pecados no prosperará...” (Pr. 28:13). Sansón estuvo en lo correcto al decirle a Dalila, “Porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre: Si fuere rapado, mi fuerza se apartará de mí... y seré como todos los hombres” (Jueces 16:17).

Jonás Echándose a Dormir: Él estaba “dormido” o “roncando” (Septuaginta). Se trataba de un “sueño profundo”, similar a la experiencia de Adán cuando Dios le tomó una costilla para formar a Eva (Génesis 2:21). Aunque técnicamente vivo, Jonás estaba muerto a todo. Incluso la tormenta enviada por el cielo no le había despertado. Mientras los marineros forcejeaban en la cubierta, Jonás dormitaba debajo de sus pies.

Pasmado por esta falta de preocupación, el capitán le urge a despertarse y a orar. Escribe Douglas Stuart, “... Las primeras palabras atribuidas al capitán [cum y cará respectivamente]: “¡Levántate! Clama...”, contendría los dos verbos que Dios había utilizado al convocar a Jonás a predicar contra Nínive, en el versículo 2 “(Word Biblical Commentary, Jonás). Al igual que Pedro después de negar el Salvador, Jonás se “acordó de la palabra del Señor” (Luc.22: 61) y sintió la amargura del pecado en su alma. “Sabroso es al hombre el pan de mentira; Pero después su boca será llena de cascajo” (Prov. 20:17). Por difícil que fuera, la recuperación de Jonás estaba iniciando ahora. Incluso fue presionado a orar, pero, ¿cuándo fue la última vez que lo había hecho? “Todo pecado”, dijo J.H. Jowett “, actúa como una droga, y el pecado continuo tiende a la estupefacción. Cuanto más pecamos, menos nos importa. Es la sutileza del pecado la que crea condiciones que llevan al engaño, y una parte muy fatal del engaño es una sensación mortal de satisfacción... Pero es la comodidad del consumidor de opio, es el sueño de los entumecidos...” (La

Vida del Águila y Otros Estudios en el Antiguo Testamento).

Su Confesión a la Tripulación

“Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra “(v. 9). Acorralado, Jonás ya no podía permanecer en silencio. Ahora era “convocado al tribunal de justicia” (Jim Flanigan citando F.A. Tatford: Lo que la Biblia enseña: Jonás). Los marineros miraron a Jonás, deseando respuestas a sus consultas. Salomón pudo haberse imaginado un espectáculo como este al escribir: “Como fuente turbia y manantial corrompido, es el justo que cae delante del impío” (Pr. 25:26). El escenario entero era indecoroso, pero Jonás sólo podía culparse a sí mismo. “Aquí estaba un hombre justo caído en el peor sentido del término - caída de su justicia”, escribe Patrick Fairbairn. “Más que eso, un profeta especialmente levantado y sobrenaturalmente dotado para promover entre los hombres los intereses del reino de Dios... [es] encontrado en una ocasión de dificultad y angustia, de terror para él y de maldición para los demás “(Jonás: Su vida, Carácter y Misión). Si un profeta de Dios puede caer tan bajo, entonces seguramente tenemos razones para tener cuidado. Los “dardos de fuego” de Satanás (Ef. 6:16) son particularmente dirigidos a los creyentes fieles, ya que si logra estropear su testimonio, el potencial para una caída mayor es enorme.

Si bien la respuesta de Jonás fue corta, fue honesta, y ese es el ingrediente clave. La verdadera confesión no se presta a la palabrería. Las almas contritas, agonizando sobre el fracaso, encuentran que las lágrimas fluyen más libremente que las palabras. Pero deben reconocer su pecado. “Nada se resuelve hasta que se resuelve bien... y estando bien con Dios, todo lo demás encontrará su sitio...” (Joseph Parker: Predicando a través de la Biblia: vol. 9).

El camino de la restauración tiende a volver atrás. Un llamado al servicio divino, se origina privadamente ante Dios. Una vez convencido de la voluntad del Señor, entonces y sólo entonces el siervo se presenta ante los hombres. Sin embargo, en la restauración, Dios a menudo utiliza individuos para exponer a los santos descarriados. Lo vemos aquí con respecto a Jonás, y de nuevo, en otros pasajes de la Escritura (Por ejemplo, 2 Sam. 12 y Mc. 14:66-72). Después de la exposición, el “atrapado” entiende poco a poco la maldad de su obra, y desea estar bien con Dios. La recuperación de Jonás comenzó en el barco, pero fue finalizada delante de Jehová en el fondo del mar.

Observe atentamente la respuesta de Jonás a las preguntas de los marineros. Buscaban al infractor detrás de su dilema y el versículo 10 dice que los marineros “sabían que huía de la presencia de Jehová, pues él se los había declarado”. Entonces querían información personal, la cual les dio Jonás en el versículo 9. “Es algo a su favor”, escribe J. Flanigan, “que no ofrezca ninguna justificación por su desobediencia, ni que busque mitigarla de algún modo”. “Soy hebreo”, dijo Jonás. Desde el principio, se vinculó él mismo al pueblo elegido de Dios proveniente de Abraham, Isaac y Jacob (Ex. 9: 1). Los hebreos a lo largo de la historia fueron un pueblo repudiado, sin embargo, Jonás, como Moisés antes (Heb. 11:24-26), no se avergonzaron de identificarse con ellos. Hoy, los “cristianos” (al menos en el sentido bíblico) son difamados (incluso martirizados), especialmente cuando se vinculan a aquellos que se congregan fuera de la religiosa Cristiandad. ¿Dejamos clara nuestra postura, o estamos vacilantes para confesar nuestra lealtad con aquellos despreciados? Jonás aclaró su relación. “Temo a Jehová”. Aunque su estado actual desmentía esto, las palabras de Jonás evidentemente tuvieron algo de peso con los marineros. Al aludir al “Dios de los cielos”, se diferenció de la idolatría pagana (para otros ejemplos, véase Gen. 24:3, Esdras 1:2, 5:11, 12; Neh. 1:5, 2:20, Dan. 2:19). Nuestra profesión y práctica debiera ser igual, porque todo ritual idólatra es una abominación a Dios (por ejemplo, Deut. 7:25). Nosotros no tenemos qué disculparnos por la verdad que defendemos, porque emana de la Palabra de Dios.

Jonás “temía” (“reverenciaba” o “adoraba”) al Dios de los cielos, que “hizo el mar y la tierra”. Este era “el Único, Dios auto-existente, Él que sólo ES, que hizo todas las cosas, [y] en cuyas manos son todas cosas” (E. B. Pusey: Notas de Barnes). Su específica referencia a la tierra y al mar resonaría claramente con estos cansados marineros. Aunque falló a su llamado divino, Jonás habló fielmente a estos hombres, yendo aún más lejos (“fiel hasta la muerte” Apo. 2:10) en su siguiente declaración.

Su concesión al Caos

“Tomadme y echadme al mar, y el mar se os quietara; porque yo sé que por mi causa ha venido esta grande tempestad sobre vosotros” (v.12). Jonás cedió al caos circundante, cediendo su vida a su poder. Cómo obtuvo el propósito de Dios en el asunto, es desconocido, pero “así como la tormenta fue enviado por él, no se iría sin él” (George Young: Conferencias sobre el Libro de Jonás). Su respuesta a la pregunta de los marinos fue nada más que valiente y es probable que suscitara el asombro de la

tripulación. El poeta capturó el sentido de esto cuando escribió,

¡Mirad! Sobre la cubierta tambaleante, un extraño
fatigado está,
Y a la dedicada tripulación ensombrecida, extiende
suplicantes manos;
“Del rostro de Dios, del rostro de Dios, del rostro de
Dios yo huí;
Éste, el soplo del aliento de su nariz, sacude este mar
tormentoso.
Mas vosotros tomadme y echadme, a la profundidad
turbulenta,
Y la ira contra vosotros despertada, será pacificada
y dormirá”.

“Tomadme”, dijo Jonás, y después de mucho esfuerzo para evitarlo, los marineros “tomaron a Jonás” (v.15), algo que E. W. Bullinger dice se hizo con “reverencia o cuidado” (La Biblia Compañera). El Señor Jesús también habló de ser “Levantado” (Juan 12:32), pero Su trato fue “por manos de inicuos”, que cruelmente le clavaron en el madero (Hechos 2:23).

“Y echadme al mar”. ¡Qué horrible sentencia de muerte! Para que los marineros se salven, Jonás debe hundirse el mar. No podemos leer esto sin pensar en el Calvario. ¡Allí, el “más que Jonás” se hundió “en lugares profundos” (Sal. 88:6), para que los pecadores puedan salvarse!

Pero pare un momento y considere el costo real de la huida de Jonás de Dios. Lo que le pagó al capitán palidece en comparación con lo que paga ahora. Hay una lección en esto. Cualquiera que sea el costo de seguir un camino terrenal ajeno de Dios, recuerde siempre, que el precio del boleto de vuelta será mayor. No podemos pecar con impunidad. Naomi fue un testimonio doloroso y advertencia a esto: “Yo me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías...” (Rut 1:21).

Alabemos a Dios que Él nos trae a casa, pero en la manera que Jonás la estuvo buscando, la avenida a través de la cual Él nos regresa esta puntualizada por el dolor. “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (Hebreos 12:11).

Concluimos anotando las últimas palabras de Jonás a la tripulación: “Yo sé que por mi causa ha venido esta grande tempestad sobre vosotros”. La desobediencia del profeta tuvo efectos de largo alcance, porque el pecado es

no fácilmente contenido. “¡Cuán solemne ... si Dios en el trato con nosotros por nuestra infidelidad y pecado deba traer problemas y angustias a los que nos rodean” (GC Willis: Lecciones de Jonás). Esto puede incluir a miembros de nuestra familia, santos en comunión o aún compañeros de trabajo. “Porque ninguno de nosotros vive para sí” (Rom. 14:7). Sin duda, pensamientos de estos, buscan nuestros corazones. “Oh hombre, Él te ha declarado, lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti; solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8).

Comparación

Robert Surgenor

Aquellos que conocen bien la Sagrada Escritura, reconocerán que el Dios de Israel, que es el Padre de todos los cristianos, es un Dios de orden divino. Esto es manifestado repetidamente en la Biblia. ¿Le sorprendería saber que Dios programó un calendario de 490 años en tres grandes eras de tiempo?

La primera era comenzó cuando Israel entró en la tierra de Canaán a poseer su herencia. Eso fue en el año 1586 AC. Desde esa fecha hasta el establecimiento del reino de Saúl fueron 490 años, fechado en el año 1096 AC.

Desde el establecimiento del reino de Saúl hasta la servidumbre de Israel, fue exactamente la misma cantidad de tiempo que la primera era, ¡490 años específicamente! En el año 606 AC, el templo de Salomón fue destruido e Israel fue llevado a Babilonia por 70 años.

La tercera era también duró exactamente 490 años. Esa era fue desde la dedicación del Templo de Salomón, en su undécimo año de reinado en el año 1005 AC, a la dedicación del segundo templo en el sexto año del reinado de Darío en 515 AC, fueron exactamente 490 años. (Fecha en la Biblia Newberry, 2 Cro 5:1).

Esta tercera era es la que queremos considerar con ustedes, porque para nosotros hay algunas verdades muy significativas y exhortaciones, ligadas con Israel en ese momento. Como Pablo sabiamente dijo, “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Rom. 15:4). El breve comentario de Pablo expresa un punto vital en la vida del cristiano: ¡Leer y estudiar el Antiguo Testamento!

Es muy interesante notar que la palabra “enseñanza” en Romanos 15:4, se traduce “enseñar” en 2

Timoteo 3:16. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Tim. 3:16). He escuchado la vieja cantaleta de que no se puede construir una doctrina sobre el Antiguo Testamento, pero permítanme decir esto, que muchas escrituras en el Antiguo Testamento corresponden fuertemente a la doctrina del Nuevo Testamento. Las Escrituras no pueden romperse y muchos de los principios divinos que se encuentran en el Antiguo Testamento son los que realzan las doctrinas vitales expuestas en el Nuevo Testamento. Tomemos por ejemplo, la Epístola a los Hebreos. ¿Cómo puede alguien comprender sus verdades si no están familiarizados con los escritos de Moisés? ¡No pueden! ¡Están completamente perdidos!

Es increíble la cantidad de cristianos que son demasiado perezosos para profundizar entusiastamente en el Antiguo Testamento, para extraer con su pico y pala espiritual, sus verdades maravillosas. Hay una dicho:

“Lo Nuevo está en lo Antiguo oculto.

Lo Antiguo está en lo Nuevo revelado”

Separar el Antiguo y Nuevo Testamento no es bíblico. Justo como nuestro texto dice: “TODA la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar”.

Ahora bien, consideremos el título de este ensayo, “No es ella como... ¿cómo la veis ahora?” Esta declaración viene de Hageo 2:3, que dice: “¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera gloria y cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada delante de vuestros ojos?” La pregunta surge, ¿por qué fue dicho esto, y para quién? ¿Cuáles eran sus circunstancias, y qué casas son de las que menciona el orador? Bueno, sea paciente y venga conmigo unos años atrás a Esdras 1:1. Corre el año 536 y Ciro es rey de Persia. Él acaba de llegar al trono, y el tiempo de Dios había llegado para que Israel volviera a la tierra. Nada podía detener el calendario de Dios. ¡Nada!

La profecía de Jeremías

Jeremías había profetizado que Israel iba a salir de Babilonia exactamente 70 años después de haber sido tomado cautivo (Jer. 25:11-12). El momento había llegado, ¿qué fue lo que sucedió? Dios intervino y despertó el espíritu de Ciro, para que la casa de Dios fuera erigida en Jerusalén, y por tanto se hizo una proclamación, que los judíos que estuvieran dispuestos a volver a su tierra, volvieran. Luego leemos: “Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó

Dios para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalén. Y todos los que estaban en sus alrededores les ayudaron con plata y oro, con bienes y con ganado, y con cosas preciosas, además de todo lo que se ofreció voluntariamente. Y el rey Ciro sacó los utensilios de la casa de Jehová, que Nabucodonosor había sacado de Jerusalén, y los había puesto en la casa de sus dioses. Los sacó, pues, Ciro rey de Persia, por mano de Mitrídates tesorero, el cual los dio por cuenta a Sesbasar, príncipe de Judá” (Esdras 1:5-8).

Ahora para mí esto es lo más maravilloso, pensar en estas queridas personas, con profundo amor por el lugar donde Jehová había escogido para poner su nombre, y dispuestas a dejar atrás su vida cómoda y próspera, para volver a una desamparada tierra situada en la desolación.

No había nada en Jerusalén, sino muros derribados, escombros de su templo quemado y destruido, y tierras a las que habían regresado las malas hierbas y la maleza salvaje de la naturaleza. A pesar de todo esto, propusieron en su corazón regresar. Unos pocos entre los que regresaron, tendrían la edad suficiente para recordar a Jerusalén en todo su esplendor hacía setenta años, pero creo que la mayoría de los que regresaron eran personas que habían nacido en Babilonia. Nunca vieron la gloria anterior. Todo lo que sabían acerca del glorioso templo de Salomón era lo que escucharon de las personas mayores. Sin embargo, tenían un deseo ardiente de volver. Puedo ver oculta una verdad profética en esto, porque vendrá un día glorioso en que el Espíritu de Dios animará y despertará en los judíos un sentimiento de regresar a su tierra prometida. Eso, creo yo, se llevará a cabo en toda su plenitud, después del rapto de la Iglesia.

(Continuará)

"Coronado o Crucificado"

Solo ante el tribunal de Dios;

En el silencio del crepúsculo tenue,

Y ante la pregunta que traspasaba mi corazón:

"¿Qué vas a hacer con Él?

¿Coronarlo o crucificarlo? ¿Qué será? "

Ninguna otra opción se me ofreció.

Miré el rostro ensombrecido de lágrimas

Que se derramaron en su agonía;

La mirada en sus ojos bondadosos me rompió el corazón;

Eran por mí tan llenos de amor.

"La corona o la cruz" parecía decir

"¡A favor o en contra de Mí, elige hoy tú!"

Extendió sus manos amorosas a mí,

Mientras su voz suplicante decía: "¡Obedece!

Haz de mí tu elección, porque te amo mucho ",

Y no le pude decir no.

¡Coronado, no crucificado! Así debe ser;

Ningún otro camino para mí estaba abierto.

Me arrodillé llorando a los pies de Cristo,

En el silencio del crepúsculo tenue,

Y todo lo que era, esperaba o buscaba,

Lo entregué a Él.

¡Coronado, no crucificado! mi corazón debe saber

¡Ningún rey sino Cristo, quien me ama tanto!

Anónimo